

binos, y una perseverancia que le prestaba mucha fuerza en aquella volubilidad de las emociones, y en aquella electrificación general de los nervios. Su pensamiento se concentraba en su ambición y su ambición no hacía más que huir de todo cuanto podía frustrarla y buscar todo cuanto podía satisfacerla. ¡Caso raro! Llegó á donde no llegaran los grandes pensadores y apenas tuvo pensamiento. Ejerció un incontrastable influjo práctico y nunca fué hombre de acción. En cuanto sonaban el rebato y el cañón, huía como esas aves agoreras que anuncian y huyen la tempestad. Generalizaba y carecía de ciencia. Gobernaba y carecía del don de gobierno. Peleaba y era cobarde. Sus discursos tenían la esterilidad de un escolástico y la salmodia de un rezador. En lo que aparece diestro sobre todo encarecimiento, es en el arte de pontificar, imponiendo su pontificado porque, receloso de todo el mundo, sólo creía en sí mismo. Engañó, pues, á los demás, engañándose antes él. Fingió dirigirlo todo, cuando en realidad no dirigía nada. El día que se halló solo en frente de la tempestad, sucumbió por incapaz como el más insignificante de los políticos. En el Comité de Salvación Pública, tuvo con Saint-Just Robespierre lo que tuvo Cristo con San Juan en el apostolado de la predicación cristiana; un discípulo predilecto. Al maestro le faltaba la resolución y al seide le sobraba. Así tenía éste un gran carácter de imperante y una rica palabra de mando. Así los pensamientos en él parecen los aforismos de un sabio y los apotegmas de un sacerdote. Siempre se hallaba en acción. Desde la tribuna combatía y combatía desde las cumbres del gobierno. Alto por su estatura, erguido por su aire, prestante por sus maneras, noble por su figura, frío por su raciocinio, llamaba la curiosidad con facilidad y la fijaba con interés. Duro, fuerte, intransigente, altivo, imperioso, valerosísimo, con aptitudes muy diversas, filósofo, político, grande organizador á los veintiséis años, Saint Just, malogrado y todo, queda en la Historia como un estadista y merece la tenencia de Robespierre.

El Comité robespierrista de Salvación Pública, tuvo un mérito innegable: haber producido á Carnot. Cuando en Agosto del noventa y tres apareció este organizador, la coalición monárquica se creía enseñoreada ya de Francia. Después de haber asesinado la grande nación cristiana de Oriente, Polonia, creyó lo más fácil y hacedero destruir la grande nación cristiana de Occidente, Francia. Tras la toma de Valenciennes la empresa reaccionaria se facilitaba tanto más cuanto que, feroz la ciudad rendida de una reacción reanimada, despedía por doquier el frío de su muerte y expedía por todas partes frailes y reclutas encargados de sepultar á Francia. En el desvarío de tales gentes, al menor asomo de una débil esperanza, creíanse vencedores para siempre, y organizaban otra noche de San Bartolomé, regreso á los tiempos pretéritos, desquite de las amarguras presentes. En cada iglesia de las readquiridas por el triunfo de los coligados se ponía el nombre de la república junto al nombre del infierno y se mentaba la persona del emperador de Austria junto á la persona del Rey de los cielos. El general inglés, el duque de York, aunque fuera muy

soberbio con los coligados y se distinguiera como representación viva de la libertad parlamentaria del común de los déspotas, convivía con éstos y les prestaba en todo cuando le fuera lícito, no sólo su acatamiento, su complicidad. Verdadero alemán el duque de York parecía un Arminio por su guerrera figura y un burgués por su temperamento linfático. Medía seis pies su cuerpo y no medía seis pulgadas su inteligencia. Dentro de un coloso había la menor cantidad de espíritu posible, como esos grandes toneles del Rhin, donde cabe un océano de vino y están vacíos. Quien de vino estaba rebosando era su estómago que dirigía y mareaba su mente. De sobremesa todos los días apuraba en casa de su mancha diez botellas de Claret. Tal coloso parecía el propio representante de una causa colosal y se le creía el Hércules de la restauración para la cual podría tener toda la estatua material que se quisiera, pues aparecía gigantesco, pero le faltaban dos estaturas más necesarias, la intelectual y la moral. Mas, la emigración, deslumbrada con sus triunfos y ebria con sus esperanzas, le pedía una rápida campaña con este grito: «ó ahora ó nunca» y á voces le impelia unánime hacia París. En vano había querido el duque de York detenerse algún tiempo en las campiñas recuperadas; visitar las ciudades rendidas; aplicar al triunfo un método, tan matemático cual aquel empleado en los combates; la emigración se impacientaba por marchar, teniendo enfrente para cerrar el paso á los ejércitos realistas vencedores, soldados tan maltrechos como los soldados del Norte, los cuales ni una débil resistencia podían oponer á la coalición en su paso hacia París. La Francia, según la emigración realista, no podía resistir por faltarle quien personificara y dirigiese la resistencia. El más hábil y más diestro director imaginable, aunque tuviera el mérito de Alejandro y la fortuna de César, quedaba devorado en pocos días por la prensa y por los clubs, quienes destruían la mejor dirección, y destrozaban al más hábil y más cumplido director. Quien afrontaba las balas huía la prensa. Nada le importaba oír los tiros y no podía oír las calumnias. El valor militar se halla en este mundo con más facilidad que el valor cívico. Quien aguarda sereno el cañón de una batería, no puede aguardar la pluma de un libelista. Los cañones de las baterías escupen la muerte y los cañones de las plumas despiden las deshonras, más terrible que la muerte. Habíanse perdido por tal modo los resortes del Gobierno, que todo el mundo se resistió cuando las certeras previsiones de Danton decoraran al Comité de Salvación Pública con el nombre de gobierno. Y era natural tamaño fenómeno. ¿Quién quiere mandar cuando no está seguro de ser obedecido? Ni puede haber sociedad alguna sin gobierno, ni gobierno alguno sin segura obediencia. ¿Quién dirigiría la guerra sin seguridad ninguna de ser obedecido?

Y, sin embargo, se halló quien dirigiera militarmente la república por aquellas sirtes y aquellos bajíos de anarquía. El once de Agosto, año noventa y tres ¡fecha memorable! Carnot salió á dirigir los ejércitos del Norte. El Comité de Salvación Pública se había salvado á sí mismo, tomando resoluciones supremas sin hacer caso de las resistencias ciegas

y de las oposiciones sistemáticas. La inteligencia entre los realistas engendró la inteligencia entre los republicanos. El más tímido de los tímidos fuera Barere. Nadie como él excusaba todas las tiranías; nadie como él envolvía en las flores de su retórica los estragos de la violencia. Barere improvisaba discursos como el pescador napolitano versos. Lo mismo le daba un tema que otro tema. Él arreglaba sus arengas como el azogador sus espejos y como el dorador sus marcos. Lo que reflejaba el espejo y lo que contenía el marco no le importaba una higa. Barere impelió á Carnot, como á tantos otros impelió, y lo llevó sin deliberación y sin conciencia, por el método de sus súbitas improvisaciones, hasta la jefatura de aquel combate titánico. Nadie comprendió la situación como él. Danton se emborrachaba en este momento con los vapores de su palabra; no hacía nada. Robespierre proponía el castigo de aquellos mismos que se aprestaban á castigarle y destruirle. Contra la ciencia de los primeros militares del mundo se levantaban los milagrosos de la curandería engañosa. Michelet dice con esa frase pintoresca henchida de pensamientos profundos, que, al llamar Barere á Carnot para curar los males de Francia, llamó la medicina científica y llamó el médico probado. Este llamamiento tuvo un gran mérito, porque la ciencia de Carnot, aquel metal rico y puro, no estaba á flor de tierra, yacía en las profundidades más tenebrosas y más ocultas. Sólo por dos proposiciones se había distinguido: un proyecto de ley sobre la fabricación de picas, otro proyecto de ley sobre abandono y demolición de las fortalezas inútiles. Carnot adoraba, como todos los militares de Francia, la memoria de Vauban. Pero se atrevía con el ídolo y reformara sus oráculos. En los planes de Vauban se aprendía mucho para ocurrir el ataque de las plazas fuertes; no se aprendía cosa ninguna para ocurrir á la defensa. Carnot completó los estudios de Vauban sobre los ataques en un sitio con sus propios estudios sobre la defensa. Aunque las aplicaciones de sus ideas á la fortificación de Montmartre marraron, objeto de acerba crítica, no se desconcertó Carnot y continuó trabajando. Así, el trabajo fué su religión. Aunque nadie le llamase al Comité de Salvación Pública, iba diariamente y daba sus consejos y advertencias á los mismos que no querían oírlos. Oficial de ingenieros, no se redujo á su especial arte; abrazó la ciencia militar en su conjunto. Muy afecto á la Historia, tomó la táctica y la estrategia donde supo Federico *el Grande* ponerlas, y las recogió con acierto, colocando su nombre propio entre Federico, de Prusia, y Napoleón, de Francia, como un término en la serie de los progresos militares. Después de hacer esto, Carnot ocurrió á deshacer los entuertos que habían hecho á la libertad los errores de Custine y la rendición de Maguncia. Así, no tuvo inconveniente alguno en sacrificar sus mejores hombres á las sabias retiradas que le debían dar un verdadero núcleo de defensa, ni en disminuir fuerza en la frontera cuando parecía que de la frontera estaba todo pendiente. Si la fortuna no hubiera confirmado el acierto, Carnot se hallaría hoy, no entre los genios capitales de Francia; entre los traidores, como Dumouriez, ó entre los desventurados, como Custine.

Verdad que la Providencia puso en esta hora visiblemente su mano sobre la dirección y la corriente de los hechos. Llegadas á un acuerdo en la realidad Austria y Prusia como lo estaban en las apariencias, no hubiera podido intentarse una imprudencia como la intentada por Carnot. Pero Austria y Prusia estaban en desacuerdo. Esta sabía que aquella deseaba un pedazo de Polonia y le suscitaba cuantos obstáculos podía en el codiciado logro de su egoísta deseo. Y ningún obstáculo tan eficaz como retenerla embargada en Francia mientras se concluía la repartición de Polonia. He ahí explicada la fortuna de Carnot; el éxito fausto de sus esfuerzos cuando disminuía en miles de hombres su ejército, al paso que los aumentaba Prusia. Pero estos obstáculos exteriores no eran cosa en frente de los obstáculos ofrecidos por la política interior. Verdad que alcanzaba mucha fuerza el Comité de Salvación Pública para su obra de gobernar en este predominio de los robespierreiros; pero verdad también que dentro de sí tenía elementos opuestos, y fuera de sí el odio de aquel Hebert, quien representaba frente á la dictadura de los diputados la dictadura de los comuneros. Y Hebert contaba con una fascinación en aquellas circunstancias incontrastable, su pluma de libelista, cuyos excesos y escándalos habían añadido fuerzas y resonancia á la pluma caída del puño de Marat. Y tal dificultad fuera baladí con que sólo tuviera el jefe de Francia entonces ya, con que sólo tuviera Robespierre la grandeza de alma indispensable al menosprecio de las injurias. Mas Robespierre prefería que le cayera encima un nido de víboras á que le cayera un artículo del desbocado é hidrófobo tío Duchesne, tanto más cuanto que Carnot, á quien había que sostener contra los amigos del odioso Hebert, nunca fuera jacobino y jamás entrara en el recinto de la sociedad á quien llamaban madre de la revolución. Todo lo contrario; exento de las pasiones que batallaban entonces, había reprobado la insurrección del dos de Junio, y compadecido á la mártir Gironda. Dos ventajas tan solo tenía Carnot para Robespierre: primera ser su paisano, pues amaba mucho el gran republicano unitario su natal región, y segunda ser lo menos militar posible; pues odiaba el dictador todas cuantas dictaduras pudiera emular su dictadura, y no hay ningún instrumento dictatorial tan eficaz como el sable. Bien pudo Carnot reorganizar lo desorganizado; proveer al vestido y al sustento de los ejércitos á quienes todo faltaba; someter á la república la victoria; reponer la disciplina sin esfuerzo; rehacer la táctica y la estrategia con acierto; intimidar á los primeros generales del mundo; Robespierre no le perdonaba su tolerancia con las personas y el hábito de atender en sus empleados antes á los méritos personales que á las creencias políticas. Nunca supo apreciar el favor que le deparaba la Providencia con aquel militar civil consagrado sólo á su ciencia; embargado por sus combinaciones matemáticas; cumplidor como un estoico anti-guo de todos sus deberes; sin dogmas políticos muy claros, pero también sin fanatismo y ambición; que no se vestía uniformes vistosos para encadenar á las muchedumbres y no se hacía seguir de pretorianos para que desde los cuarteles en tropel y tumulto lo alzarán

hasta el Capitolio. Y sin embargo, quería de tal modo hacer por sí mismo cuanto hacer pudiera que se pasaba la vida deplorando no tener genio alguno militar, y se mesaba los cabellos cada vez que delante de los mapas trazados por Carnot veía cómo éste presentaba el proyecto de organizar hasta catorce ejércitos, con los cuales salvaría la patria, la libertad, la democracia, y aplastaría la coalición.

El daño corrido por la República en estas circunstancias no tenía límites. Se necesitaba un sobrehumano esfuerzo colectivo, si había de conjurarse la tormenta universal. Así de todas partes acudían peticiones y peticionarios á la Convención, reclamando de ella energía, mucha energía. En aquella colectiva intensidad nerviosa no tuvo más remedio la Convención que tomar como centro el cuchillo de la guillotina y designar para su primer ministro al verdugo. Reformas que vigoricen al tribunal revolucionario, leyes que purguen á Francia de traidores, castigos que aniquilen á todos los reaccionarios: esto lo quería. Nada de impunidad, los exaltados decían, el pueblo se desalienta viendo vencedora la traición y castigado como un crimen la virtud. Había que pasar, pues, la hoz niveladora sobre todas las frentes y abrir en seguida la dictadura del terror. Que sea perdurable la revolución material, que caigan las cabezas de los culpados, que se reclute un ejército revolucionario, que corra toda cuanta sangre maldita guardan en sus venenosos senos el Patriciado y la Realeza. Y para justificar estos gritos exterminadores, gritaban los coriteos de la venganza que rehuía el pueblo ejercitarla, pero que lo habían arrastrado hasta ella por la desesperación. Así una ley votaba la organización del ejército propagandista en doce horas, otra desterraba todas cuantas familias pertenecieran á la casa militar ó civil del rey; otra entregaba los girondinos presos al juicio público sin tardanza; otra deportaba las mujeres perdidas allende los mares; otra daba de compensación dos francos diarios á los jornaleros que jueves y domingos acudieran á las secciones municipales en servicio y defensa de la Revolución; otra organizaba la justicia del terror. Desde los tiempos de Tiberio no se había visto una organización del crimen como aquella. La Convención sabía con quien trataba; y cuanto más dañinos eran los animales feroces encargados del exterminio, mejor le parecían. Así las leyes prescindían de todo proceder jurídico; pisoteaban todos los principios modernos; sembraban cuantas sospechas puede fantasear una imaginación terrible; arrestaban en una hora todos los sospechosos de Francia; calificaban de sospechosos á cuantos quisieran en sus más recónditas interioridades la monarquía ó el federalismo, á cuantos carecieran de medios de subsistencia y de trabajo, á los indiferentes en procurarse títulos de civismo, á los deudos en cuarto grado de todas las familias reaccionarias, por lo cual resultaban sospechosos los nobles, los cortesanos, los sacerdotes, los jurisperitos, los burgueses, los negociantes, todo el mundo. Así las cárceles se multiplicaban por toda Francia y reventaban de presos; la pena de muerte se aplicaba en los casos más leves y á las gentes más inofensivas; dábanse fallos colectivos

sin enterarse ni del nombre siquiera de los castigados; y todo el mundo vivía de milagro, pues hasta las buenas acciones y las buenas obras se premiaban entonces con la muerte. La República no apareció como el régimen regular de la sociedad, apareció como el régimen especial de una ciudad asediada. Muchos, entre los fautores de aquellas crueldades las justificaban diciendo que los rigores de la justicia legal, impedían las matanzas públicas como las matanzas de Septiembre. Así llegaron á considerarse como puertos de seguro las prisiones donde se cometieran degüellos sin tasa y que huelen aun hoy á mataderos y carnicerías de carne humana. Lo único que podía esperarse de aquellos sicarios, era la piedad en los medios de vengarse, pues no podían tenerla en los fines y en los desahogos de sus odios. Que la muerte fuese pronta, que los sufrimientos escasos, que la cuchilla matara con la celeridad de una centella caída del cielo, que no se juntase al asesinato la blasfemia, que no se profanaran los cadáveres, que apareciese algún rasgo de humanidad: he ahí cuanto pedían los perseguidos á sus perseguidores, los reos á sus magistrados y á sus verdugos. Así empieza el terror.